

## Un fragmento de "Otto"

por Felipe Troya

1

–Hemos estado rastreando el sistema temporal Bes desde hace más de dos días y la noticias no son del todo alentadoras. La imagen satelital nos muestra que el sistema seguirá su curso por la costa atlántica. Nubosidades dispersas y precipitación moderada para la zona sur del país. Y para nosotros en el estado de Carolina del Norte, el satélite y el radar no diagnostican nada bueno. En el transcurso de esta misma tarde y noche comenzaremos a ver los primeros copos de nieve en los condados centrales y condiciones muy severas de aguanieve que podrán ocasionar consecuencias en accidentes y retrasos. En cuanto a temperaturas, naturalmente–

–Mierda –dice Linda en voz alta. Siempre habla en voz alta a pesar de que nadie esta ahí para responder.

Otto se demoró mucho tiempo, quizás un par de años, en entender de qué hablaban esas personas en la tele cuando decían clima. Ahora sabe. Eso de lo que están hablando va a pasar afuera. Pero lo que todavía no entiende es por qué es tan complicado para Linda todo esto del clima. ¿Por qué le causa tanto problema? Un cosquilleo en la piel, como al pasar bajo una rama; esa sensación de tacto que parece mojada pero que realmente solo es fría en las orejas y en la cola. Algo, un olor, en la punta de la nariz. Eso siente él. Luego llueve o nieva. Así de simple.

Si uno sale en el invierno afuera, hace mucho frío, pero acá adentro no. ¿Por qué no hacen una predicción del clima de su casa, de este maravilloso espacio donde es tibio en el verano y tibio en el invierno? Al salir, las nubes bajas envuelven el cielo y se siente el peso de la nieve inminente. Pero adentro no. El techo los protege y la nieve flota sobre todo en silencio, como buscando algo. Luego solo luz, una luz pálida y demasiado intensa que se riega hacia adentro, lo cubre todo y parece no atenuar hasta

que se hace de noche. Tal vez, por la ventana, él verá el manto blanco sobre todas las cosas, frente las garras oscuras de los árboles pelados.

Esperarían adentro, piensa él, hasta que ese mal tiempo pasara, hasta que su cuerpo le dijera: sol, cielo despejado, calor. ¿No podía hacer Linda lo mismo? Tantas veces había visto la predicción del clima con Linda, tantas veces había estado atento a sus reacciones, tantas veces había examinado sus gestos, pero todavía no lo entendía.

Regresa a mirar la tele. Las manchas del televisor, esas falsas impresiones de verde y morado y anaranjado. Esto también había aprendido con el tiempo. Es el territorio donde viven. Es el espejo de las nubes que recorren ese cielo que él apenas ha regresado a ver en su vida. Su movimiento en la pantalla es, a la vez, el espejo del alma de Linda, que él no conoce del todo bien.

Todavía semidormido, Otto mira la pantalla; luego sube la mirada a Linda, esa mujer oronda y callada que se apoya, rígida, en el sofá grande. A veces, el frío la alegra. Otras veces, la deprime. Un día caluroso, de esos que ahora están tan distantes, podía ponerla de un humor expansivo. Lo invitaba a acercarse por la trailla y luego salían por una caminata alegre alrededor del vecindario. O podía molestarla, agobiarla, obligarla a lanzarse al sofá helado para ver tele durante horas. Y a él tampoco le molestaba eso, sentarse frente a la tele si Linda así lo quería. El ve la tele con ella, si es necesario. Todo esto le gusta, su ánimo expansivo y su ánimo contraído, el del sofá frío o el del asfalto caliente. Le gusta correr y recostarse. Pero el movimiento lábil de los engranajes de su mente, eso no entiende, como no entendió, por tanto tiempo, las manchas de la pantalla.

Pero esta vez dijo *mierda*. Dijo *mierda*, una palabra que también puede significar muchas cosas; pero la dijo como la dijo, malhumorada. Otto sabe lo que eso significa, sabe lo que la nieve inminente va a significar para él.

Otto la mira y siente que la nieve a él ya le ha caído encima con esa palabra. Mira su figura súbitamente envejecida. Los ojos se le ponen como vidriosos a Otto, cuando sale a la nieve y ahora los siente así. Los cierra lentamente y los vuelve a abrir. No es sueño lo que siente. Siente pena.

–La gente me pregunta –irrumpe Steve–, “Oye, Steve, ¿qué está pasando con el clima?” Y lo primero que les digo es: “No me culpen a mí. No maten al mensajero. Yo solo leo el clima. Cúlpenle a la madre naturaleza. Ella es la que está loca.”

Los presentadores, Chuck y Lara, se ríen. Linda no dice nada. No sonrío. Otto, que espera en vilo un movimiento mínimo de su boca, no entiende el chiste.

–Es la penosa realidad –sigue Steve, aplomado–. Las cosas no se ven bien en los próximos días. Este clima podría causar molestias y accidentes. ¿Pero les digo algo? Para que no digan que solo traigo malas noticias. Todo parece indicar que este será el último sistema invernal del año. Si prestamos atención al pronóstico de siete días, veremos que las cosas se calientan, dentro de lo que cabe. Para el fin de semana saldrá el sol y podremos disfrutar de un respiro a todo este frente invernal. Pero para lo que resta de esta semana laboral, señores, les recomendamos precaución. Y a toda esa gente de nieve, ¡a disfrutar de los próximos días!

Steve finalmente sonrío y baja la mirada al controlcito que tiene entre las manos. Parece un hombre triste. Parece un hombre que sufre. Que necesita ayuda. Algo en los ojos, en el ligero viso de la frente. Linda apaga la tele.

Otto termina de despertar. Con el rabo del ojo mira hacia arriba y la regresa a ver. El clima, un ejercicio agotador. Las palabras de Linda lo golpean a pesar de que las esperaba. Qué difícil es todo. Primero, Steve blande una cantidad vertiginosa de nombres que él no entiende. Dice condado de Wake, de Orange, de Durham, Franklin, Casswell, Mecklenburg. Dice Moore, Lee, Sampson, Raleigh. Dice estos nombres y apunta a lugares en un mapa quebrado en diez mil pedazos indistinguibles. Luego habla de “isobares”, “atmósfera alta”, “madre naturaleza”, “frente”. Y después de eso, una palabra de Linda, *mierda*, para terminar de agotarlo.

Desde la otomana la regresa a ver y de repente siente, en la mirada ausente que todavía escruta la pantalla oscura de la televisión recién apagada, una sensación. No sabe si en su estómago o si en el cuerpo de Linda. Es hambre. Linda es, en ese momento, el cuerpo mismo de la sensación que lo envuelve. La ama por eso. Su cuerpo vibra con la sensación, todavía profunda y oculta, de la expectativa.

\*\*\*

La Sra. Hazlitt apaga la tele. Steve es muy claro y articulado cuando habla del clima. Pero cuando suelta alguna broma tibia al final siempre se lo ve incómodo, como si lo suyo no fuera la interacción con humanos, sino tan solo con diagnósticos y con nubosidades y con sistemas frontales. Eso es justamente lo que le gusta a ella. Él es el científico y por eso está ahí. WRAL es el más puntilloso de los servicios meteorológicos de las noticias. Lo que Steve carece en dotes de conversación supera con creces en conocimiento meteorológico. Y, además, parece un buen hombre y alguien que vive una vida feliz. La Sra. Hazlitt ha examinado y visto todos los programas de clima que ofrece la tele y solo confía en él. También está el *Canal del Tiempo*, que discurre noche y día acerca de ese único tema. Pero son datos insulsos, paja, efectos y marketing meteorológico, como caracterizar a las tormentas con rasgos casi humanos y bautizarlas con nombres ampulosos que los otros canales terminan por adoptar para no quedarse atrás. Hace unos años los presentadores de ese canal llamaron a un huracán “Bob”. En cambio las noticias locales repiten la misma información una y otra vez, aún más somera y superficial, la temperatura y un mosaico satelital repetitivo. Como si uno mismo no tuviera un termómetro externo para saber eso. De los canales latinos ni se diga. Obvio, son latinos: no pueden dejar de utilizar a pobres chicas semidesnudas, a pesar del frío y de las tormentas que azotan todo el territorio nacional. Parecen haber salido de su piscina bajo el sol veraniego. Blusitas, escotes, minis. Lindos cuerpos, sí, pero qué es un cuerpo para estarse desvistiendo. Que salgan así al frío, a ver qué les pasa. Otto también es latino, según le había dicho su hijo. Chihuahua.

Lo regresa a ver. Se acuerda de lo que la nieve va a significar para él:

–Otto, ¿qué vamos a hacer contigo?

El perro no reacciona.

–Otto, ¿vas a salir a la nieve cuando te dé ganas?

Nada. La Sra. Hazlitt se apoya en los brazos para levantarse. Hasta entonces la criatura adormecida y desconectada del sueño, Otto salta tras ella y se adelanta hacia la cocina. La casa de siempre, el camino que sigue Otto desde la otomana, frente al sofá que antes utilizaba Bob, la alfombra desgastada y sucia por los pasos de Otto. El frío cómodo del linóleo de la cocina. El fantasma del hábito que Otto acaba de

despertar sacude a la Sra. Hazlitt. Se levanta lentamente, con la seguridad del deber, y pasa a la cocina. Otto pasa del más profundo de los sopores a un entusiasmo incontenible. ¿Un engaño? El engaño de siempre. Es él quien le hace sentir vieja, estancada en la casa que alguna vez compartió con su esposo. Estafada.

El desayuno de la Sra. Hazlitt es una colada de avena que la espera en el refrigerador, fría y turbia, la superficie una piel natosa que crece durante la noche. La limpia como si se tratara de un animal descuidado que se ha ensuciado y se sirve medio vaso alto. Lo rellena con jugo de naranja y lo bate con una cuchara. Otto llora.

Parte del desayuno es esa mirada que le quema el lado de la cara. Él observa cada movimiento, cada bocado de pan, cada trago de la colada almidonada y cítrica de su desayuno diario. El engaño de Otto, del que recién ahora ella se percata, la persigue mientras bebe la colada, orina lechosa. Intenta observarlo, intenta taladrarlo de la misma manera que él lo ha hecho por tantos años. Tal vez con la mirada pueda hacerle saber que es él quien se ha portado mal al engañarla. Lloro de nuevo. Ella le acerca el vaso. Es el vaso que él ya conoce, con el contenido de siempre. Lo pone frente a su hocico. Mueve la cola, impaciente. Da un pasito nervioso hacia atrás. Luego medio paso adelante. Ella lo persigue con el vaso. ¡Una mordida! Leve. La sorpresa la hace gritar. Eso nunca antes había pasado.

—¡Otto!

Otto llora.

El llanto le hace pensar solo en su propio grito. Se siente violada por haber gritado. Siente que la miran, que el mundo entero la mira. Baja a verlo y es Otto quien la mira, moviendo la cola. El perro da otro paso atrás, llora otra vez. Se acerca y se encabrita, como un caballo. Son los ojos. Siente que todo el peso de sus intenciones está en sus ojos. Con un súbito movimiento, sacude el brazo y lanza la colada sobre el perro. Otto esquiva la baba fría.

\*\*\*

Otto salta hacia atrás. Lo que Linda bebe cae al piso y sorprendentemente se queda allí. Con el salto, le da ganas de correr. Y por un momento, Otto corre. Es

verano. Ha salido a orinar en un tronco caído que quedaba justo en el margen del bosque que circunda la casa. El flujo de líquido le hace sentir ganas irreprimibles de salir disparado entre el ramaje tupido. La sensación de las hojas, del pasivo pasto húmedo y de los troncos torpes que quedan en su camino. Podría seguir así, esclavo de su cuerpo. Su cuerpo. Ese rato no le pertenece a él ni a Linda. Solo hay el bosque que se queda detrás y sigue estando adelante. Linda también podría estar en cualquier lado. Ya no está detrás, podría estar adelante. ¿La está mirando? No puede contener una sensación de alegría; la cola se le mueve mientras corre. Y con la misma brusquedad le embarga la necesidad de detenerse. Todo se vuelve a detener a su alrededor y siente la necesidad de oler el lugar. Aguza el oído. Un área distinta cada vez, olores y obstáculos y presencias distintas. Siempre un mundo nuevo y es necesario escrutarlo. Se sume en un arrobamiento igual de incontrolable que el arresto de la velocidad. Luego regresa. Cuando vuelve, lentamente y agotado, allí esta Linda, mirándolo. Con su mirada le cae el peso de la culpa. Se siente miserable. Al verla, no se detiene; vuelve a correr hasta que ha entrado en casa. Cuando estaba corriendo, la electricidad de su cuerpo se le hacía tan obvia que no entendía por qué no corría siempre. La culpa se parece. ¿Cómo no se dio cuenta de eso mientras corría, como no notó que ya estaba allí, sobre sus hombros? ¿Cómo su peso entorpecedor no lo detuvo y lo tornó lastrado e inmóvil? Imposible que haya estado ahí desde siempre.

Regresa a la nata que ensucia el piso. Esa mancha lo hipnotiza. Hay una esperanza extraña en la nata. Linda parece haber expulsado algo con esa nata. Tal vez necesitaba eso para olvidarse del clima.

Linda se acerca y limpia lo que ella mismo ha hecho. En la ventana las nubes siguen ahí afuera, todavía estáticas y pesadas. Los esqueletos de los árboles parecen esperar algo.

Esa noche cae la tormenta.

La Sra. Hazlitt disfruta mucho de la vista desde la ventana. La nieve siempre le ha gustado. Ella es una de esas personas que Steve llama *gente de nieve*. *Gente de nieve*. Suena a algún pueblo mítico de personas peludas y blancas. Gente triste. Tal vez tengan mascotas, la *gente de nieve*. Pero más probablemente no. Parecen gente libre. Libre y triste. Lo cierto es que la nieve la serena, como a otras personas les serena ver las estrellas. De pequeña, siempre había salido a sentirla caer. Le gustaba examinar los copos de nieve que se acomodaban en sus manos, hollar la nieve suave y harinosa de la primera caída y también hundir sus pisadas en la costra dura de la nieve trasnochada. Le gusta el sonido de la nieve, que ella compara con lo que su marido decía del mar. Él prefería el mar, para ese tipo de experiencias; Bob era con frecuencia así, un filisteo, insensible a las verdades más sutiles. Como Otto, aunque filisteo tal vez no sea la mejor palabra para describir a un perro. La nieve tiene como un silencio o una profundidad que se escucha. Steve había afirmado alguna vez que la nieve silenciaba, por causa de algún fenómeno físico que ella había olvidado. Le gusta la naturaleza blanca, también, una naturaleza casi muerta, árboles y césped y bosque, cosas que siempre parecen sucias y embadurnadas de fango y polvo y desorden, finalmente purificadas en su sepultura invernal.

Ahora también se pierde en la nieve que ve por la ventana. El polvo de la tormenta cae, oscuro, de la noche, pero se enciende y arremolina frente al faro de sodio. El foco es como el ojo fijo de una tormenta que la mira. Esta mirada la calma, por algo implacablemente fijo que tiene. Una mirada que no se mueve, que no amenaza. Tan solo proyecta su luz ahogada sobre esa naturaleza en movimiento. Se ahoga en la nieve y ahoga, en el naranja de la luminaria, la nieve. La Sra. Hazlitt se olvida por unos minutos de todo. La ausencia de su esposo. La distancia de su hijo. La presencia de Otto y la suya propia. Tan pronto como se siente sola, vuelve la mirada muerta de su Bob, vuelve la mirada viva, táctil, sedienta, avara, del perro. De su hijo no vuelve nada. Casi no lo recuerda. La luz súbitamente pierde su cualidad abstracta. El poste emerge

del fondo oscuro de la noche, una columna idiota que sostiene la luz que dibuja esa huella digital de la nieve. Ningún copo es igual a otro; ninguna huella digital es idéntica a ninguna otra. Pero todas son igual de indescifrables. De qué sirve que sean distintas, si su falta de similitud no esconde nada. Pero algo hay de misterioso en la exactitud de su anonimato. Esa similitud oculta un tipo de maldad que no entiende del todo, que le da terror.

Steve tiene razón. Neva pocas horas y la nieve no rebasa los cinco centímetros. Al día siguiente los copos harinosos se convierten en costra dura. Desde la tarde anterior, Otto no ha hecho popó. Ni una sola vez ha caminado sobre la nieve hacia ese pequeño trozo de bosque en el que se esconde para defecar. Cagar en el frío. La Sra. Hazlitt entiende, en parte, que él no quiera salir. Pero él no la entiende a ella. No entiende que eso la tranquiliza. ¿Qué otra responsabilidad tiene, si no alimentarlo y verlo sano? Cuando ella considera que ya es inaceptable e incluso perjudicial para Otto la cantidad de tiempo desde su último popó, le cierra la puerta y lo deja solo en la nieve. Otto siempre se queda mirando la puerta hasta que es evidente que Linda no la va a franquear. Solo entonces decide bajar a la nieve, poco a poco, y como con asco. No se da cuenta de que por el postigo de la puerta la Sra. Hazlitt lo observa. Observa como Otto lee anodinamente la nieve con la nariz y se pone en hinojos con el rabo hacia ella. El ano le protruye y se abre poco a poco. Como una flor abre sus pétalos. En el frío nevado, hasta el ano emana vapor caliente. Ni se diga lo que le sale. Con la luz del zaguán, la mierda parece arder. La luz intensa del pórtico enciende a Otto como a un artista en el escenario. Pero sobre todo la luz evidencia el vapor, una cantidad inexplicable de vapor, tanto vapor que lo que le ha salido parece respirar con vida. Lo que le sale es gigante en su oscuridad estática y a la vez diminuto en la burbuja de vapor que lo cubre. La Sra. Hazlitt decide que es gigante. Con buen clima Otto goza de buena digestión y sale con frecuencia al bosque a hacer sus cosas. La Sra. Hazlitt no conoce el aspecto de sus popós normales (muchas veces ha querido ir al bosque para constatar, pero el miedo se lo impide), pero este tiene cara de ser un popó de dos días de aguantarse, demasiado grande para un perro del tamaño de Otto. Su inmensidad ligeramente obscena es la evidencia definitiva de la mala actitud e ingratitud de Otto para con ella. Si él le prestara la menor atención, y ella está segura de que un perro

tiene una capacidad sobrehumana de empatía, si tan solo deseara practicarla, sabría que su repulsión a hacer sus necesidades por un poco de frío o nieve le causa indecible preocupación a la Sra. Hazlitt. Le debe haber dolido eso al salir. Bien hecho.

Cuando consuma el acto, con un último empujón intestinal, se da la vuelta bruscamente y se topa con la magnitud de su propio excremento. Se detiene, asustado. ¿Es la sorpresa del tamaño anormal de lo que ha guardado por demasiado tiempo o tan solo la sorpresa que todos sentimos, que la propia Sra. Hazlitt siente, cuando regresamos a ver el excusado y participamos del misterio de lo que evacuamos? Los que no miran, esos son los sicópatas, piensa la Sra. Hazlitt. Ella cumple el ejercicio de mirar cada vez y en eso aplaude a Otto. Lo mira un rato, como buscando entender lo inentendible y luego gira la cabeza, asqueado. Eso para con lo que no se entiende. Termina por dar asco.

La Sra. Hazlitt franquea la puerta. El resto de la nieve no tiene ni una sola mancha y a la Sra. Hazlitt le da miedo examinarla demasiado, por temor a encontrar alguna huella humana. El vapor en este momento es tanto que Otto queda parcialmente cubierto por la bruma encandilada. Otto sale del vapor que lo envuelve y corre disparado hacia adentro. La señora Hazlitt lo atrapa de la cola erguida —es como agarrar a alguien de los genitales, piensa, pero es necesario— y le examina el ano, para ver si hay residuos, como suele pasar cuando ingiere el pelo ocasional. Debe ser su propio pelo, piensa, aunque nunca lo ha constatado. ¿Qué pasa si es el pelo de alguien más, si no es rubio y lacio y corto? Esta vez no hay nada, así que la Sra. Hazlitt guarda en el cajón de la mesa de entrada el pedazo de papel higiénico que saca cada vez que Otto vuelve del bosque, inutilizado.

\*\*\*

Él sale sin sentir nada en el vientre. Duerme en el invierno, el vientre de Otto. Cuando está afuera, siente la urgencia de orinar. Luego, viene el golpe de la puerta, que se cierra violentamente cuando él está por regresar a la casa. Se queda solo en el frío. La puerta es una barrera entre él y algo que presiente ser mejor. La puerta es una barrera blanca que decide, sin que él supiera bien por qué, o franquear o bloquear su

paso. La puerta se abre o cierra a veces y esta vez está cerrada, pero puede estar abierta, quizás en pocos segundos. Es tan solo cuestión de confiar en sus ojos y en su nariz. Si la puerta está abierta, sus ojos y su nariz se lo dirán. Por ahora, le dicen que está cerrada. Eso es todo. Un tercer sentido, en el que confía con la misma fuerza, le dice que sus ojos y su nariz pueden en cualquier momento cambiar de parecer con respecto a la puerta. En estas reflexiones se halla Otto cuando se da cuenta de que es momento. Es el momento porque al fin su cuerpo se lo acaba de decir. Está incluso algo atrasado, piensa; pero siempre piensa eso cuando le vienen las ganas. Las ganas siempre son un retraso. Es extraño hacer popó en ese preciso momento y la extrañeza se extiende al paisaje, a la ausencia de Linda y a algunas otras cosas. Es apropiado hacerlo, siente, y así lo hace. Todo está bien. Cuando acaba, la puerta decide, o se decide por la puerta (estas son formulaciones, naturalmente, que simplemente evidencian con palabras quizás algo extrañas y algo inapropiadas lo que le pasa por la cabeza), abrirse. Ingresa a la casa y Linda está al lado de la puerta con algo blanco en la mano. Lo agarra de la cola y le levanta las patas traseras. Una mirada le quema en la parte de atrás, una mirada tibia y reconfortante. Y luego libertad.

Sí. Las cosas adentro son mejores que afuera.

3

La Sra. Hazlitt mira los créditos de *Forensic Files*. Sobre el velador hay un vaso de agua. Tanta maldad en el mundo, piensa, estira el brazo hacia el velador, bebe un poco. De joven dormía más. Pero ya no duerme tanto porque la tele le enseña que lo que todos los hombres tienen en común es la maldad al prójimo. No solo los hombres. También las mujeres. También los perros, tal vez. Todos tan solo pueden ser crueles y tal vez solo eso los una. El anonimato de la crueldad. Por eso son tan difíciles de capturar. El resto de animales cree que no. Tantas veces ha visto a las ballenas asesinas destrozando focas en las orillas del mar. Parecen divertirse, incluso. Juegan con el animal, esos óvalos blancos que tienen por ojos observando el espectáculo. Pero no, aun así no parece haber maldad. Incluso el juego no es malo. Es un juego repleto de asombro ante la vida.

El programa que comienza en ese momento es una repetición de las noticias. Eso no. A esa hora lo que le interesa ver es la programación policial, las escenas de crímenes y asesinatos. Los misterios son para esa hora. Son oscuros e infectan el sueño. Son como un sueño, de cierta manera, hasta que el detective rompe la burbuja de oscuridad y se descubre la verdad del criminal.

Eso la alivia un poco, pero la Sra. Hazlitt tiene la sensación de que todos podrían haber cometido el crimen. Incluso el detective. Por el tono que tiene, por las barreras que levanta contra la humanidad, por su comportamiento, hasta el detective parece ser culpable. Alguien que sospecha tanto del resto tiene que ser culpable de algo. Pero el verdadero culpable es el muerto. Un muerto lo cambia todo. Díganse a ella, que tuvo a uno en su propia bañera. Y a la final vivimos en un mundo de muertos. A todos nos toca morir en esta misma tierra.

Las noticias son distintas. Hablan de Lewinsky y de la economía mundial como si fueran una misma cosa: mujeres violadas. En los otros programas igual hay mujeres violadas. Pero en las noticias hay algo cómico y peyorativo acerca de la forma que describen la violación. También hablan de la Navidad que pasó hace poco. Hablan del clima, un tema que a esa hora ya ha caído en el olvido, en la cadencia estirada de la repetición. Ella ya lo conoce desde la mañana. Con el tiempo ha descubierto que el clima no cambian mucho a lo largo del día, solo se cumple. Si ya está afuera, en el cielo, para qué verlo en la pantalla de la tele. Lo del siguiente día lo vería en la mañana.

La señora Hazlitt, antes de apagar la luz regresa a ver a Otto y lo encuentra soñando. Siempre parece que Otto está siendo perseguido por una fiera. Chilla levemente y abre los ojos, epilépticos. Es el sueño, piensa ella, del gusano que está a punto de ser devorado por el ave. Todos lo tienen, de una forma u otra. El gusano quiere correr, piensa ella, pero un gusano solo cree que se mueve, porque el pájaro vuela y siempre termina por tragárselo.

\*\*\*

Linda regresa el vaso de agua al velador. El sonido del vaso que golpea la superficie de madera espabila a Otto. A Otto no le gusta dormir cuando Linda está

despierta. El mundo se vuelve más intenso, un animal gigante que lo persigue. Le pisa los talones. Las cosas que mira, entre los párpados entrecerrados, se acercan, pero no en movimiento, sino en volumen. Y lo peor son los sonidos. Todo parece estar más cerca, todo parece estarle manoseando los oídos. La televisión, si Linda la está mirando, se vuelve aterradora. Cada golpe, cada paso de Linda, una explosión que revienta justo detrás de su nuca y que lo obliga a abrir los ojos y regresar a ver.

Solo cuando todo está quieto duerme, cuando Linda ya adormita, cuando ha apagado la tele. Y cuando duerme, sueña. Los sueños de Otto siempre son un solo sueño. Linda, como una sombra que siempre está, aparece. Siente que es una carrera lo que está soñando y su cuerpo está en movimiento. Y a la vez es algo estático, anclado por su propio peso dormido y el de Linda, que ronca a pocos pasos. En el sueño hay una pelea. No sabe muy bien quién lastima a quién. Si es él quien está castigando a Linda o si Linda lo está castigando a él. Luego el sueño es una mirada. Y, de la misma manera, ella lo mira, luego Otto se confunde y presiente que es él quien se está mirando y la mirada no juzga; es solo amor. ¿Es ella quién lo está penetrando? No está seguro. Alguien se está metiendo en su cuerpo. Justo antes de despertar, en un momento de lucidez, presiente una sensación de culpa y se da cuenta de que es Linda, sí, Linda, quien lo ha hecho y el lleva adentro la semilla de su madre. Esto lo llena de alegría por un segundo, pero luego la semilla, tibia adentro, crece y lo ocupa totalmente, lo traga. Cargado de algo adentro, Otto siente penetrar en una cueva y finalmente la cueva es un vacío y el vacío es él. Todo esto es el sueño de un perro y por lo tanto difícil de explicar. El vacío lo obliga a detenerse. Ya no corre más. Se siente apesadumbrado y se ve a sí mismo, desdoblado y desde arriba, echado en el piso, abúlico, repleto de algo malo que él mismo se metió. Cuando se despierta se siente sucio por unos segundos. Los sueños son, por lo tanto, confusos y satisfactorios a la vez.